
CONSEJO DE REDACCIÓN

P. Dr. Alberto Espezel, Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p., Prof. Clara Gorostiaga

COMITÉ DE REDACCIÓN

Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Dr. Florian Pitschl (Brixen)

*Director y editor responsable: P. Dr. Lucio Florio
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

COMMUNIO

	3	¿Para qué la cultura?
<i>Oscar Caeiro</i>	7	Los caminos de la literatura
<i>María Laura Dippolito</i>	19	La narración oral como creadora de sentido
<i>María Gabriela Rebok</i>	25	La cultura contemporánea: entre la multiculturalidad fáctica y el desafío ético de una tarea intercultural
<i>Mons. Eugenio Guasta</i>	39	Carmen Gándara 1900-2000
<i>Francisco Díez Fischer</i>	45	La cultura entre el ocaso y la aurora
<i>Tony Anatrella</i>	51	Malestar en la paternidad y en la valorización maternal
<i>Card. Joseph Ratzinger</i>	75	La fe en el contexto de la filosofía de hoy
<i>Alberto Espezel</i>	83	Cristologías actuales

La narración oral como creadora de sentido

*María Laura Dippolito**

“Tenían tanta confianza en el cuento que salía de sí mismos, o para decirlo mejor, estaba tan fuera de ellos, que al final se les olvidaba sacar la menor lección de la historia. Un cuento bien hecho es capaz de abrirse paso en los espíritus sin que sea necesario hacerlo de modo explícito. Es un grano arrojado que arraiga según el terreno en que cae. El cuentista siembra. Le basta con que su grano sea bueno y resistente. No se preocupa por cosechar”

Pierre Jakez Hélias

¿Por qué contamos?

Si la globalización se ha hecho cargo de las diferencias, transformándolas en un homogéneo paisaje; si el predominio de la imagen sobre la palabra es aplastante. Si cada vez menos palabras significan más cosas; si el tiempo es un instante, sin posibilidad de ser recorrido, saboreado, analizado... ¿Por qué contamos?

Porque narrar significa compartir recuerdos, sacarlos del anonimato de nuestra memoria, para que dejen de ser sólo nuestros y pasen a ser de todos. Significa, además, tener la íntima certeza de que si otros también los guardan, ellos no morirán, porque serán transmitidos de boca en boca. Es la posibilidad de lograr una pequeña inmortalidad: persistir en la memoria de los demás. Contar nuestros *ayeres* es una necesidad urgente: si no lo hacemos, ellos desaparecerán. Activa la memoria, fusionando lo contado con el modo de contar.

* Profesora en Letras. Docente e investigadora de la Cátedra Libre en Narración Oral, facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata.

Contamos también porque la narración cohesiona: une a los que cuentan y a los que escuchan en un ritual que compromete una hermandad a futuro. Es un acto de donación, donde el relato donado pasa a formar parte de la construcción de un capital simbólico. En el acto de narrar, no sólo hablamos sino que somos hablados. La palabra se convierte en un patrimonio que nos vincula, nos identifica, nos reconoce como pertenecientes a un grupo. Esto genera valores y actitudes que incluyen el cuidado del otro, como depositario de algo único: su testimonio, su relato.

Además, continuamos narrando porque la creciente carencia de relaciones vivenciales directas con el otro reinstala la necesidad del acercamiento. Y sospechamos que, en tiempos de tanta red comunicacional, se globalizan las soledades. Entonces se reactualiza el rito, que consolida la propia existencia en el encuentro de uno a uno. Cuando contamos, cristalizamos la realidad. Cada quien decidió qué, cómo, y hasta dónde contar

Lo primero que hace que la narración oral sea diferente es que habla más de significados que de acontecimientos. Cuenta no sólo lo que la gente quería hacer, sino lo que deseaba, o creía estar haciendo.

Recoge las voces de los protagonistas de los cambios: es la historia desde abajo, que interactúa con la comunidad en todo momento. La subjetividad es una de sus características, ya que los sujetos cuentan el relato de sus vidas, dentro de un contexto que evidencia tensiones y contradicciones, y es en esa sociedad donde se construye *lo significativo*. La construcción de la memoria colectiva no está hecha sólo por lo que se recuerda sino por la presencia de olvidos, que representan valores, prejuicios, creencias. Puede no añadir datos numéricos, pero conoceremos los índices psicológicos y afectivos. Se vuelve única para romper con las versiones hegemónicas, porque revela, en la manera de narrar, la relación de los protagonistas con sus historia.

Aun cuando se insiste en que las fuentes orales son distantes de los acontecimientos y por lo tanto sufren la distorsión de una memoria defectuosa, estas fuentes orales pueden compensar la distancia cronológica con una preocupación personal mucho más próxima: hay historias que el grupo narra una y otra vez, o son discutidas por los miembros del grupo, hasta que se acuerda una versión definitiva.

La narración oral mantiene a raya lo siniestro, salvo cuando lo siniestro es necesario. Puede enseñar, conservar recuerdos o alterar el pasado. La *historia* consistirá entonces, en la descripción de un mundo posible en el que se hace que de algún modo, la excepción que se ha encontrado tenga sentido o significado.

Acerca del significado

Revisar la creación cultural del *significado*, en tanto método para negociar y renegociar sentidos mediante la interpretación narrativa, permite sustentar que la narración oral contribuye a configurar construcciones sociales de sentido. Así entendido, el concepto de “significado” conecta las convenciones lingüísticas, con la red de convenciones que constituyen una cultura. Aunque una cultura debe contener un conjunto de normas, también debe contener un conjunto de procedimientos de interpretación que permitan que las desviaciones de esas normas cobren sentido en función de patrones de creencias establecidos. La psicología popular recurre a las narraciones y a la interpretación narrativa para lograr este tipo de significados. Los relatos alcanzan sus significados explicando las desviaciones de lo habitual de forma comprensible, proporcionando la lógica de lo imposible.

Describiré un mundo en el que, de algún modo, la excepción tiene sentido o *significado*. Los significados interpretativos son muy sensibles al contexto; por eso son la moneda de cambio de la cultura *narrativizada*. La existencia del relato como forma es una garantía perpetua de que la humanidad siempre irá más allá de las versiones recibidas de la realidad, ya que existe una función negociadora y hermenéutica de la narración oral: enfatizará las normas de la sociedad sin didactismo, y proporcionará una base para la retórica sin confrontación. Y mediará, con excelentes resultados, entre el mundo de la cultura canónica y el de los deseos, creencias y esperanzas. Tal vez ésta sea la causa por la que los dictadores tengan que tomar medidas tan violentas contra los *narradores* de una cultura...

¿Y qué sucede con la palabra?

La palabra se vive como riesgo: también como posibilidad de goce, de éxtasis, de salida. En su función de creación y actualización, sin tiempo para la memoria, el lenguaje humano desaparece. Sin memoria y sin lenguaje, la voluntad humana expresada en el hacer pierde significación.

Los cuentos nacen de las palabras que brotan en las hogueras, los patios, las reuniones, es decir, en todos aquellos espacios que comparten los que hablan y los que escuchan. A través de todos los lenguajes, la gente que escucha y la que cuenta cuentos leen el relato que se hacen, las historias que se reinventan, el cuento que revitalizan.

La gente que escucha los cuentos y la gente que los cuenta no perdonan a los que les mienten, o a aquellos que se mienten, ya que sus pala-

bras –si es que las tienen– son cántaro roto, imposibilitados de servicio por su propia vaciedad.

Los cuentos fueron, son y serán creados, recreándose, para guardarse en la memoria de los que vienen y de los que se van.

Los cuentos serán narrados cuantas veces la memoria los revierta en el acto siempre vivo de la palabra que se dice.

De este modo, los actores sociales producen sus relatos orales de sus vivencias, dentro de un contexto social en el que hay tensiones y contradicciones, y es allí donde se construye la subjetividad; y también se reaviva la *memoria*, como capacidad individual de conservar información, transmitirla e intervenir en el proceso social, construyendo *memoria colectiva*. Así la memoria no es un depósito pasivo de hechos, sino una activa creadora de significados. La utilidad específica de las narraciones orales no está tanto en su capacidad para preservar el pasado, como en los cambios mismos elaborados por la memoria. Estos cambios revelan el esfuerzo de los narradores por darle un sentido al pasado y una forma a sus vidas.

Según conceptos de Froilán Escobar, poeta y narrador cubano: “la oralidad está en la base de todo, y por tanto no puede ser sustituida porque enseña a *imaginar*, que es enseñar a relacionar: Y relacionar tiene que ver con la vida, no sólo con el arte y la literatura, sino también con la ciencia y la tecnología”. El narrador estaría operando así como un descendiente directo de los hacedores del primer lenguaje, del *Lenguaje Esencial*, aquel que contenía en sí la revelación de la cosa nombrada. Ese vínculo íntimo entre lenguaje, el ser del mundo y el hombre se manifiesta entre el narrador y lo narrado, ya que aquel opera como un demiurgo frente a quienes lo escuchan. Es por eso que la narración no es valiosa *per se*, sino que adquiere su genuino valor desde quien la practica y hacia quien la dirige.

Por lo expuesto, la narración oral no es una más entre las primeras formas de comunicación social: es un acto de donación de la palabra hablada, que posibilita la construcción del capital simbólico. La *palabra hablada* da cuenta de ese acto en el que *no sólo somos hablantes sino también somos hablados*.

Esta palabra hablada es *un patrimonio* que nos vincula y nos identifica; que genera a su vez mayores posibilidades de simbolización, de desarrollo del proceso cognitivo, de producción de conocimiento, de liberación de la creatividad, de revalorización de los afectos, y fundamentalmente, de gestación de *valores*.

Este patrimonio no es un bien de mercado, es el *capital simbólico* mediante el cual podemos exteriorizar formas de pensamiento, generar opinión y expresarla. Este patrimonio *genera valores y actitudes comunicativas* que incluyen el cuidado del otro, de los otros, del tejido social, del cuidado de la polis; introduce al sujeto en la cultura ciudadana, en sus responsabilidades, derechos y obligaciones: valores y actitudes comunicativas que le permiten convertirse en sujeto con conciencia histórica, y desde ese lugar construir memoria.

Por eso la narración oral es una conmemoración, donde el ser humano rinde homenaje a quienes lo antecedieron como memoria colectiva y voz de todos, y rinde homenaje a lo que es más que cada uno de los antecesores: a la voz colectiva de los pueblos (Garzón Céspedes¹).

Conclusión: la narración oral como imprescindible

Así, no debe ni puede ser reemplazada en la formación del ser humano, ni en sus relaciones, porque ella es esencial para el desarrollo, para el análisis, para la plenitud. Ningún medio de difusión masiva alcanza el grado de profundidad y eficacia, ninguno la posibilidad tan honda de influir y transformar, que propicia la comunicación de un ser humano con otro. Los que escuchan y los que cuentan aprendieron que contar es fundar un único corazón no solitario: un corazón solidario, multiplicado y multiplicador. Como siempre lo ha sido y lo será, por los siglos de los siglos. Tal como lo dice el narrador colombiano Carlos Román:

“La voz sigue latiendo lenta, muy lenta, semilla sabedora de su eterna resurrección”.

¹ Garzón Céspedes, Francisco. (1991) *El arte escénico de contar cuentos*. Ed. Frankson, Madrid, España.